



## Rayuela nº7

### ¿Qué generación de niños se está gestando?

Por Claudia Lijstinstens

Circuitos cerrados de comunicación, incomunicación y encierro, son algunos de los nombres que detallan el real de la época.

El temor, el miedo que se precipita en lo social, la desconfianza que subyace en el entorno en general, hacen que los niños pasen gran cantidad de su tiempo en el interior de su hogar, “*encerraditos*”, aunque abasteciéndose de los objetos mas próximos de consumo, aquellos capaces de conferirles comodidad, sosiego y un pseudo semblante de domesticación.

Para los padres se trata de prevenir el peligro, situación algo paradójica si se la analiza a la luz de los sufrimientos actuales en los niños.

Internet, los *metroflog*, el *chat*, los juegos-en-red, el e-mail, los mensajes de texto, son los modos de llegar a tomar contacto con lo mas próximo -o lo mas éxtimo- quedando demarcado un circuito cerrado posible de ser monitoreado por una cámara, filmado y grabado -si así lo fuese necesario- pero sin la presencia o el cuerpo vivo que lo encarne y se aproxime a una satisfacción, a ese signo de vida del otro.

La época instala carriles de circulación para las familias, para los niños y, porque no, para las escuelas.

Los niños se hacen oír en sus angustias -ese fenómeno esencial- para precisar el afecto que surge de cada subjetividad.

Los padres llegan también angustiados, consternados, confusos, con algo de ese mismo encierro.

A veces, el encuentro con el discurso analítico posibilita una apertura que puede traer una detención, un *recreo* a esa turbulencia, a partir de la palabra que localiza la angustia y la sitúa.

Niños que no pueden parar...de llorar, de pedir, de conectarse o desconectarse, quedando el *todo* de la alienación significante gobernando este circuito.

El discurso analítico introduce, entonces, -por un lado- la posibilidad de un corte, de una separación, de un “muro” entre el discurso del Otro y la propia enunciación del sujeto. Pero, por otro lado, también favorece el encuentro con ese modo de enlazarse del sujeto a lo pulsional mismo, haciendo lugar a un tratamiento posible de ese funcionamiento libidinal.

¿Por qué un psicoanalista en estos tiempos de malestar?

Será la ocasión de estas Jornadas, para aquellos operadores de la salud mental con niños -y para los practicantes del psicoanálisis en particular- un momento privilegiado para pensar de qué manera introducir un corte, una discontinuidad en ese circuito cerrado. Reconocer la diversidad de los modos de goce de la especie es un hacer singular de nuestra *praxis*. Nuestra pragmática debería apuntar a inventar, en cada lugar, en cada espacio -en el efímero tiempo de la época- la posibilidad de una conexión, aunque fugaz, con el saber supuesto, que permita no una alienación al significante amo sino un acercamiento al objeto, al modo mas singular de nombrar el lazo al síntoma, ya sea el del sujeto sufriente, ya sea el de la Institución misma, abriendo la posibilidad de la interpretación, de invenciones, de soluciones hasta el momento desconocidas.